

GUILLERMO DE TORRE

Homenaje a Julio J. Casal

REGRESO de un viaje que ha abarcado casi la totalidad de los países hispanoamericanos, excluyendo —como territorios antes conocidos— los limítrofes de la Argentina. Y sin embargo, he aquí que al reanudar mis trabajos, amistosos apremios del director de *Ficción* me llevan a evocar, en primer término, no alguna de las ciudades últimamente recorridas —México o Lima, Quito o Caracas, las del Caribe y el trópico...—, sino precisamente aquella otra intransitada hace años, pero siempre próxima, siempre viva en un rincón afectivo de la memoria.

Entre las numerosas acusaciones que justicieramente se hacen contra la inexplicable dictadura sufrida por la Argentina, no deberá olvidarse un cargo de mayor cuantía que el aparente: la incomunicación a que nos condenó con Montevideo, cortando durante varios años nuestra fraterna relación con los medios intelectuales uruguayos. Volveremos,

sí, ahora libremente, a Montevideo, pero en lo que me atañe, presumo que cierta ausencia habrá de enturbiar el claro deleite de las nuevas o reanudadas frecuentaciones amistosas y literarias. Aludo, concretamente, a la falta de Julio J. Casal. Permítaseme, por lo tanto, que en trance de rendir parias al Uruguay, elija la figura del poeta desaparecido como cifra y motivo de mi homenaje.

Porque Julio J. Casal venía a ser para mí —y seguramente también para otros muchos— Montevideo, al menos cierto espíritu irremplazable de la ciudad. Ya hace algunos años, al trazar un estudio crítico de Jules Supervielle, intenté dibujar algunos perfiles líricos de esa capital. “Quizá nunca —escribí entonces— hayamos advertido en el Montevideo actual la “fragante calesa” que desfilaba por sus calles cuando nació Jules Supervielle. Pero sí hemos visto otros signos y rasgos que no sabe confundir con espejismos, que son

reales y cotidianos, y por ello doblemente poéticos. Montevideo, como un Cádiz ultraatlántico, alarga su lengua de tierra hacia el océano y alza galerías encristaladas (¡oh, Torre de los Panoramas, desde donde Herrera y Reissig avistó sus metaforas!) que transfiguran ocasos y auroras. Montevideo es la ciudad que ha erigido, en los pedestales de sus plazas, estatuas de poetas y no sólo de generales... Es la ciudad donde una audacia plástica, como el monumento solar de Torres-García, se ofrece, sin demasiada indignación, a los paseantes dominicales. Es la ciudad de América que, tamizando la inmigración, consigue mantener un solo habla y donde por ello perduran españolamente los cafés como lugares de conversación. Es la ciudad donde cada nueva temporada brotan nuevos líricos que logran taladrar el aire indiferente con un tema único de charla y preocupación: la poesía".

¿En quién pensaba yo al dibujar esa imagen urbana, que ojalá se mantenga actual, superando las mudanzas del tiempo? Preferentemente en Julio J. Casal. Porque el autor de *Cuaderno de otoño* era el Poeta arquetípico, agraciado con una mayúscula, como a él le gustaba y como le corresponde. No valoro en este momento su obra. Me refiero al hecho de que la poesía era para Casal la preocupación máxima, el tema único, el *leit motiv* dominante de todas sus horas y sus palabras.

Aquella hipérbole tan abusiva, insolente y unilateralmente defendida por algunos, de intentar reducir la múltiple diversidad del espíritu creador a un género único, tenía en Casal su expresión más ingenua y conmovedora, su cara menos impugnabile. Ningún otro grado o tratamiento asumía para él la excelencia y supremacía del que condensaba en la calificación de "poeta". Por ejemplo, Casal era el hombre que se sobreponía a todos los presuntos ridículos, escribiendo siempre en los sobres de las cartas que dirigía a los colegas —por muy lejanos que estuvieran del oficio poético— "Al poeta Fulano de Tal...". No importa que prodigara el título y que, puesto a recopilar una antología poética uruguaya, rebasara todos los límites previstos, levantando casi un censo vecinal más que poético... ¿Lenidad? Más bien generosidad, afán de totalidad, expresión de un absolutismo que no se curaba de relatividades.

Cuando pienso en Montevideo, a distancia, la primera imagen que viene a mí, por lo tanto, la de un Julio J. Casal abierto, generoso, caudaloso, moviéndose con soltura entre grupos, subgrupos y microgrupos— y aun diríamos, antigrupos—, para eslabonar los cuales disponía de un vínculo mágico: *Alfar*. *Alfar*, aquella heroica, incierta y feaciente revista, que se sumergía a temporadas como un Guadiana para volver a reaparecer unos cuantos

meses —o años— más adelante, era su sombra inseparable, su bandera nunca arriada, su tema de conversación nunca exhausto, su pañuelo de bienvenida y adiós en cada uno de nuestros encuentros. Casal y *Alfar* resultaban indivisibles. Imposible concebirlos separados. *Alfar* había llegado a ser, por encima de “años y leguas”, mudanzas de país y lapsus de invisibilidad, la razón de ser de Casal. “Erase un hombre a una revista pegado...”, hubiéramos podido decir, con simpatía y sin malicia parafraseando un verso famoso de Quevedo.

¡Conmovedora, indestructible fusión, hasta que no se quebrara uno de los eslabones, el capital! Para quienes habíamos asistido, o poco menos, al nacimiento de *Alfar*, para quienes habíamos acompañado a Casal a lo largo de las distintas fases —todas sustancialmente la misma, al cabo— de su revista, resultaba extraordinario este caso de fidelidad y entrega vitalicias. No es común que una revista juvenil llegue a la edad adulta —o a la de su promotor, más bien— conservando intacto el mismo espíritu inicial. Algún día habrá de trazarse la historia completa de dicha publicación; aún más, resultaría sobremedida curioso editar aparte una “excerpta” de sus textos más significativos, según se ha dicho con la *Revista de Occidente*. Entonces se advertiría la extensa trayectoria de *Alfar* durante más de veinte años, y cómo aque-

lla inicial *Revista de Casa América-Galicia* (tal su primitivo nombre), fundada por Casal en la década del veinte, cuando era cónsul del Uruguay en La Coruña, fué gradualmente creciendo y afinándose hasta llegar a ser una de las revistas más representativas de la “joven literatura”. Con no menores valores que otras más habitualmente memoradas, *Alfar* puede incorporarse a las publicaciones consabidas de las vanguardias. En sus páginas aparecen, en muchos casos por vez primera, nombres desconocidos de poetas y plásticos que luego serán cotidianos. Pero, además, el mérito de Casal en cuanto director de *Alfar* estuvo en no limitarse a un país o a una escuela, en abrir pluralmente las páginas de su revista a expresiones de otras latitudes geográficas y espirituales.

¿Quién hubiera podido negarse a sus cordiales requerimientos? Casal era amigo de todos, de los jóvenes y de quienes habían dejado de serlo, de americanos y de españoles. No tener enemigos: he aquí una de las metas más difíciles de alcanzar en la república de las letras (o de los lobos, según corrigió Beaumarchais, refiriéndose al mundo hispánico) y que Casal hizo suya sin esfuerzo. Hombre bueno en el sentido natural y legal de la frase; hombre nacido para unir contrarios, superando el escisionismo, el insularismo propios de la condición poética; hombre para quien se quedan cortos

los dictados de cordial y generoso; hombre ingenuo también, desde luego, que antepone el sentimiento afectivo a cualquier rigor crítico. Por eso se sentía feliz abriendo generosamente las puertas de su revista; por eso seguía publicando *Alfar*, aunque fuera, como en los últimos años, con largas intermitencias; y cuando podía publicarla, también se sentía feliz, hablando del "próximo número", dilatando su placer, más que tascando la espera.

*"Árbol, yo ya sabía que eras her-
[mano mío]".*

Y también el hombre y el niño, el guijarro y la flor. Todos eran hermanos de Julio J. Casal. Inclusive los fraticidas espirituales. Todos

eran hermanos del autor de la poesía que así comienza y de tantas otra semejantes, rebosantes de un franciscanismo conmovedor; las que llenan e iluminan sus leves, aéreos libros *Humildad*, *Colina de la música*, *Cuaderno de otoño*. Pero hablen otros —si no lo hicieron ya— del poeta, sitúenlo en su atmósfera, analicen su temática y su estilo, midan sus aciertos. Por mi parte, yo he preferido evocar —como indisolublemente unida al Montevideo literario— la imagen viva del hombre, del animador permanente de *Alfar*, asociando melancólicamente su ausencia al recuerdo de otros dos amigos idos por quienes Casal y yo rompimos lanzas en días polémicos: los grandes pintores Barradas y Torres-García.